

Jueves II TO
Ciclo B



18 de enero de 2024

1Sm 18, 6-9;19,1-7

Sal 55

Mc 3, 7-12

P. Eduardo Suanzes, msps

El impacto que Jesús causa en la gente es cada vez mayor¹. Fíjense que el texto nota que no se debe a su enseñanza o a su doctrina, sino a su obrar («*lo que hacía*»). Y es que Marcos está señalando que Jesús no propone un mensaje liberador teórico: en cada momento su actividad traduce en obras su mensaje. ¡Qué enseñanza para nosotros que a veces nos gusta mucho hablar y hablar, pero de obrar poquito!

Judíos y paganos han comprendido que si Jesús arriesga su propia vida por liberar al hombre de una institución que oprime en nombre de Dios, como Marcos ha venido insistiendo en estos primeros capítulos, y que hemos venido siguiendo en estos días pasados, es que no tolera opresión de ningún signo. De ahí la respuesta unánime. La afluencia de paganos muestra que éstos no ven en Jesús un defensor del exclusivismo y nacionalismo judío, cuyo exponente era el legalismo con el que Jesús, de hecho, acaba de romper. Pueden acercarse a él sin miedo a imposiciones o marginaciones. Judíos y paganos ven en Jesús al hombre libre de prejuicios de cualquier índole y solidario con los oprimidos; puede ser el liberador que esperan.

Pero aplastan a Jesús. Globalmente hablando, la que «*oprime, aplasta*» a Jesús es «*la multitud*», y lo hacen «*echándosele encima*»; la multitud está compuesta por gente «*que padecía algún tormento*», es decir, que sufría postración. Pero el ansia de salir a cualquier precio de su desesperada situación los hace abalanzarse sobre él para tocarlo. Lo privan de iniciativa y libertad, es decir, lo tratan como un mero instrumento. Usan a Jesús.

Para comprender el sentido de la escena conviene compararla con las curaciones anteriores de Cafarnaúm. Allí Jesús curaba por propia iniciativa; en esta escena, en cambio, la gente lo toca contra su voluntad, reduciéndolo a un papel puramente pasivo. Puede decirse que los oprimidos, que ven en Jesús una esperanza de liberación, no esperan a conocer su programa, sino que pretenden imponerle el propio: la obtención de una liberación inmediata, sin esfuerzo ni compromiso personal por parte de ellos y cueste lo que cueste, a pesar de Jesús. Es como si dijeran: «habrás dicho muchas cosas, pero a nosotros lo que nos importa es que nos cures; ya veremos en otra ocasión de lo que dices. De momento no nos importan tus palabras que se traducen en obras: nos importan tus obras, no las razones por los que actúas. El anhelo de tu corazón no me importa: lo que quiero es que tú me anheles a mí y me hagas salir del estado en el que estoy»

Marcos, lo que nos está diciendo es que no hay verdadera adhesión a la persona de Jesús, sino deseo de utilizarla: esperan al líder que prodigiosamente los saque de la opresión en que se

¹ Cfr. JUAN MATEOS-FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Marcos. Análisis lingüístico y comentario exegético. Vol. I.* Ed. El Almendro. Córdoba, 1993

encuentran. La multitud ha acudido a Jesús con un propósito determinado e intenta forzarlo a seguir una línea de acción, suprimiendo su libertad.

Pero Jesús no tolera ser manipulado o instrumentalizado; su servicio a los hombres se realiza desde su libertad y desde la coherencia con su compromiso. El encargo que da a sus discípulos de preparar una barquilla equivale a una amenaza de abandonar el lugar si la situación continúa; al mismo tiempo es una enseñanza para ellos, que han de ser pescadores de hombres.

Jesús no puede ceder a la imposición de los desesperados, cuya idea de liberación milagrosa es un espejismo; tiene que guiarlos hacia la verdadera libertad. De hecho, el texto no dice que alguien obtuviese la curación. Jesús no llega a utilizar la barquilla: parece que su amenaza surte efecto y la muchedumbre renuncia a su actitud.

Aparecen en escena los «*espíritus inmundos/impuros*». No se dice nada al respecto, pero se deduce que son parte de esa multitud que ha intentado imponer a Jesús su programa. Por ser «*espíritus inmundos/impuros*» son los que se oponen radicalmente al designio de Dios. Su ideología y su propuesta son, por lo mismo, necesariamente contrarias al compromiso hecho por Jesús; no conciben la liberación de la humanidad como futo de a entrega hasta la muerte, sino de su opuesto, desde el poder dominador.

Sin embargo, estos espíritus no se presentan como enemigos de Jesús no le reprochan su proceder. Al contrario, le rinden homenaje y hacen un gesto de sumisión que muestra su disponibilidad. Se ponen a las órdenes de Jesús, en espera de que éste acepte su colaboración. Estos respetando la libertad de decisión de Jesús, quieren forzarlo a actuar apelando a su calidad de «*Hijo de Dios*».

El título «*el Hijo de Dios*» que dan a Jesús (para los judíos, una denominación del Mesías) es verdadero, pero equívoco en sus labios². Porque la idea que tienen de Dios es la de un Dios todopoderoso que interviene violentamente en la historia para vengar injusticias y castigar a los opresores. Por eso, nada tiene de extraño que estos espíritus presentes en la muchedumbre esperen de Jesús un comportamiento semejante. Quieren hacer de Jesús líder un instrumento de revancha. Interpretan mal la realidad de Jesús, proyectando en él su propia idea de liberador, que nace de una determinada concepción de Dios. Es, una vez más, la tentación del desierto: el poder. Ahora que ven que Jesús ha roto con la institución judía piensan que es el momento para combatir con la fuerza a esa y a otras instituciones opresoras. Llevados de su ideología, esperan de Jesús un modo de actuar inaceptable para él.

Jesús, no acepta la oferta que le hacen y no quiere que la idea se difunda entre la gente, lo que podría crear falsas expectativas sobre su propia misión. No satisface, pues, el deseo de los espíritus inmundos, pero, de momento, no los fuerza a renunciar a su idea; ésta encontrará su verdadero cauce en la alternativa que más adelante propondrá Jesús.

² El diablo siempre tienta con la verdad. Por eso es el «*padre de la mentira*», el mentiroso, como dirá Jesús.